

PASTORAL
ILUSTRISIMO SR. FR. REGINALDO
OBISPO DE CÓRDOBA
AL VENERABLE CABILDO ECLESIAÍSTICO
AL CLERO
Y PUEBLO FIEL DE LA DIÓCESIS
CÓRDOBA
1888

Nos, Fray Reginaldo Toro, por la Gracia de Dios y la Santa Sede, Obispo de Córdoba, al Venerable Cabildo Eclesiástico, al Clero y pueblo fiel de esta diócesis.

Pax vobis

(Juan XX. 19 et 21¹)

Hermanos e Hijos queridos en Jesucristo:

Bien sabéis todos, que habiendo Dios Nuestro Señor tenido por bien llamar a descanso eterno al Ilustrísimo señor Tissera, predecesor nuestro, siendo presentado por el Honorable Senado de la Nación y electo por el Excelentísimo Señor Presidente, la Santa Sede Apostólica después de maduro examen y consideración y a pesar de nuestra insuficiencia se ha dignado designarnos, en su plenitud de poder, para pastor y guía de esta importante diócesis.

Sólo obedeciendo a la voz del Vicario de Dios en la tierra y cabeza visible de su Iglesia, con un profundo sentimiento de nuestra indignidad, pero con una confianza ilimitada en el auxilio divino, hemos aceptado el pesado cargo que nos impone el deber de guardar esta parte de la grey de Jesucristo, y gobernarla conforme manda la Santa Iglesia Católica, guiándola hacia el Cielo y apartándola del camino del mal, en todos y en cada uno de sus hijos, a fin de que ninguno por nuestra culpa se pierda, de los que han sido comprados con su preciosísima sangre. En este sentido os hablamos por primera vez como Obispo vuestro, Padre y Pastor y con toda la efusión de nuestro corazón.

El peso de la responsabilidad que carga sobre nuestra alma como Pastor de esta diócesis, sólo puede soportarse con el auxilio de Dios y el vuestro, venerable Cabildo Eclesiástico y hermanos míos en el sacerdocio, porque los tiempos actuales demandan más que nunca un esfuerzo supremo de todas las virtudes que deben adornar el sacerdocio católico - un trabajo inteligente y sumamente delicado, hecho con verdadera caridad, de lo íntimo de nuestra alma, siguiendo el ejemplo que el mismo Señor nuestro, Jesucristo, nos dio cuando después de habernos enseñado con su palabra divina, añadió su ejemplo como hombre igual a nosotros y por fin se entregó en sacrificio sangriento para asegurarnos el perdón de nuestros pecados y la participación en la gloria eterna.

¹ "La paz con vosotros." (Juan XX, 19 y 21)

El único verdadero título del cristiano, la medida de sus méritos ante Dios es amarlo sobre todas las cosas. Cuanto vino Nuestro Señor para salvar lo que estaba perdido y quiso instituir a Pedro cabeza, jefe y director único de su Iglesia, dándole la primacía de jurisdicción en la tierra, le preguntó tres veces delante de los otros apóstoles: “Simón, hijo de Juan, ¿me amas? y recibiendo su afirmativa, continuó: “*Pasce oves meas*” (Joan XXI, 17)² y el Papado quedaba establecido. Dio a los demás autoridad plena para enseñar, perdonar los pecados, ofrecer el santo sacrificio y para ordenar a otros al ministerio sagrado. Y estos poderes continúan sin interrupción hasta hoy. Dios visita aún a su grey en persona de su Vicario, el Papa, y la cuida y apacienta con sus Obispos y su Sacerdocio. Reemplazamos a sus Apóstoles y a sus discípulos. Después de diez y ocho siglos tenemos que continuar su misma obra, “buscar lo perdido”; nuestro deber es dejar las noventa y nueve ovejas en el monte para ir a buscar aquella que se ha extraviado; buscándola en caridad, persuadiéndola suavemente, con cariño atrayéndola y orando por ella, recordando siempre las palabras de la encíclica *Immortale Dei*.³ “la Iglesia acostumbra tener mucho cuidado de que nadie sea obligado a abrazar la Fe Católica contra su voluntad”- como observa sabiamente San Agustín: “*Credere non potest homo nisi volens*”⁴. Es el amor divino que venció al mundo, que nos salva a todos y por la misma razón que el Señor nos ha confiado la más terrible de todas las armas – la de cerrar las puertas del Cielo al impenitente y obstinado – la debemos emplear con tanto mayor reserva cuanto que excluimos de las moradas eternas a un alma a quien Dios quiso salvar y por quien Él mismo ha derramado su sangre y entregado su vida.

Debemos, dice San Pablo, predicar la Palabra de Dios con toda fuerza y valentía, insistir, reprender, rogar con toda paciencia y doctrina, vigilar todas las cosas del ministerio, soportar las aflicciones, desempeñar el oficio del Evangelista, cumplir los cargos del ministerio, y el Apóstol añade: “*sé sobrio – sobrius esto* (II Tim. IV [5]). Como si dijere: aplicad todo esto con cordura y mansedumbre, como corresponde al Sacerdote del Señor cuyo Reino no es de este mundo, que sólo nos servirá de preparación y prueba para apreciar nuestro mérito y señalar nuestro lugar permanente entre los elegidos de Dios en las mansiones eternas o entre aquellos que dando rienda a sus pasiones, han elegido asiento en las tinieblas entre el llanto y crujir de dientes.

Y esto mismo nos enseña con sentidas palabras, al fin del capítulo anterior, diciendo: “Desecha cuestiones necias y que no sirven para la instrucción: sabiendo que engendran contiendas. Porque al siervo del Señor no le conviene altercar: sino ser manso para con todos, propio para instruir, sufrido. Que corrija con modestia a los que resisten a la verdad: por si en algún día les da Dios el arrepentimiento para conocer la verdad”. (Ibid. 23, 25)

² “*Apacienta mis ovejas*” (Juan XXI, 17)

³ Encíclica de León XIII sobre la constitución cristiana del Estado. Son las dos primeras palabras del texto de la encíclica.

⁴ = “*El hombre no puede creer si no quiere.*” La cita está en el punto 18 de la encíclica *Immortale Dei* de la siguiente manera: “*Credere non potest homo nisi volens*”, pero Fray Reginaldo hace una variante incorporando la expresión: “ni colens” indicando que Toro estaba citando de memoria, cambio de sentido de la oración. Si la frase termina con las palabras “ni colens”, debe traducirse como “El hombre no puede creer si no cultiva el rito”.

Nosotros tenemos, ante todo, la obligación para con Dios y nuestros hermanos en Jesucristo de orar incesantemente, de enseñar y de dar buen ejemplo en todas las cosas. Orar por nosotros mismos sin desfallecer, por la Iglesia Católica Apostólica Romana que tanto necesita en los tiempos presentes, por el Sumo Pontífice y sus perseguidores, por nuestros propios gobernantes y pueblo y más todavía por nuestra grey y todos los habitantes de esta diócesis.

¡Cuán abandonadas se encuentran estas prácticas entre los cristianos hoy y cuanto nos olvidamos de doblegar nuestra voluntad y nuestras pasiones, implorando a Dios por los que nos hacen mal y nos son contrarios; pues rogar por aquellos que amamos, por nuestros partidarios y amigos, esto mismo hacen todos los infieles. Rogar por nuestras autoridades, nuestros adversarios políticos, por nuestros enemigos mismos es, hermanos míos, lo que se pide de un alma católica, templada según la mente de Dios. Sin esto no somos cristianos más que de nombre. Y nosotros debemos de enseñar y dar ejemplo de esta enseñanza en palabra y en obra. “Te encargo ante todas las cosas, que se hagan peticiones, oraciones, rogativas, asimiento de gracias por todos los hombres: por los reyes, por todos los que están puestos en altura, porque es bueno y acepto ante Dios que quiere que todos los hombres sean salvos” (I Tim. II, 1-4), dice el apóstol San Pablo que vivía bajo Nerón. Y del mismo modo que estas oraciones se practicaban en Roma bajo Domiciano, se deja ver en la primera epístola de San Clemente Papa, que refiere las tiernas palabras que dirige a Dios por la tranquilidad del imperio y la salud del emperador.

¡Y orar por el pueblo, hermanos míos! ¡Cuán de otro modo irían los negocios privados y públicos si confiásemos más en la oración caritativa y humilde, instando sin cesar ante Dios y el Santuario, más bien que intervenir en los asuntos seculares y políticos, que sólo traen disgustos, disputas y menguas de autoridad? “Nemo militans Deo implicat se negotiis saecularibus” (II Tim. II, 4)⁵ Es que el hombre débil recurre siempre, con preferencia, a su propio saber y se acuerda tarde de Dios; se fía en sus propias fuerzas y poder, como hicieron nuestros antepasados al pie de la torre de Babel, queriendo elevar un monumento en honor y gloria de sí mismos. Y se dispersarán y se perderán como la familia humana entonces, cada vez que procedan del mismo modo, en vez de encender el fuego del sacrificio a Dios en las alturas, prosternándose en alabanzas e invocando a Él a quien sólo debe tributarse adoración y sumisión absoluta.

En esto, como en todo lo demás, nos toca a nosotros, hermanos míos en el sacerdocio, de guiar al pueblo de las tinieblas a la luz, de ser la levadura sana de la masa católica, la sal de su alimento espiritual, los más prudentes en el consejo, los más mansos en las asambleas, los más desprendidos de los bienes de este mundo y sólo los más fuertes cuando se trata de las almas del Señor, herederas de los bienes eternos.

⁵ “Nadie que se dedica a la milicia, se enreda en los negocios de la vida, si quiere complacer al que le ha alistado.” (II Timot. 2, 4)

Pero, todavía nos queda más que hacer. ¿Y cómo podría ser de otro modo en el mundo desquiciado por el pecado de Adán y con el desorden que produjo su prevaricación? Es deber nuestro de preparar la continuación del sacerdocio y este deber es uno de los que más pesadamente carga sobre nuestra alma y en el cual le corresponde tomar su parte al Clero como a todos los cristianos fieles también, pues la obra es magna y demanda diligencia, abnegación, saber y gastos. El sacerdote educado, a la vez que virtuoso y sabio, escasea entre nosotros como en el mundo entero. Es la señal de los tiempos en que vivimos. Los pueblos, progresando en civilización e instrucción, requieren también una educación más perfecta y una instrucción más completa para los jóvenes que se inclinan a los estudios eclesiásticos. El pueblo mismo reclama y espera ver una educación, costumbres y vida más perfecta en el sacerdote que diariamente le habla de todas las virtudes cristianas, que debe ser su guía y luz, y que reclama el respeto y la sumisión correspondiente al cargo sagrado que inviste, a la doctrina que profesa y al ejemplo que debe dar. Si encuentra que nosotros mismos no cumplimos la doctrina que predicamos, con justicia nos reprocha nuestra falta y lo que es peor- desfallece y pierde su fe.

Trabajemos para que nuestro pueblo sea digno de su renombre católico. Para esto necesitamos no solamente un sacerdocio numeroso, sino sacerdotes formados con ciencia sagrada y profana, como para igualar el saber creciente y los conocimientos generales de nuestra época. Es muy verdad que Dios no tiene necesidad de los sabios para completar su obra y que frecuentemente elige a hombres sencillos como los apóstoles para convertir al mundo. Sin embargo, “los labios del sacerdote guardarán la sabiduría y la ley buscarán de su boca” (Malq. II, 7) según las necesidades de estos tiempos. No es todavía tanto las vocaciones que faltan, son los medios para educarlos bien y convenientemente. Para esto hacemos un llamamiento a nuestros diocesanos y pedimos su auxilio, principalmente a los que se hallan en situación cómoda.

Es una obra buena edificar un templo o una escuela, pero es aún mejor la de formar un sacerdote, porque él edifica templos y escuelas, llenándolos con jóvenes y ancianos, vivos y muertos para la vida eterna.

Una palabra más a los Párrocos, hermanos muy queridos nuestros en el Señor, sobre cuyos hombros y almas descansa el Obispo y a quienes confía el cuidado especial e inmediato de una parte de sus ovejas; el pastor y guía de sus feligreses en todos los actos más importantes y solemnes de la vida; el amigo más desinteresado, de los bienes temporales, a la vez que el más atento en lo que concierne su tesoro espiritual y eterno. A estos dignos sacerdotes sólo podré decir como en los Proverbios: Diligenter agnosce vultum pecoris tui, tuosque greges considera (Cap. XXVII, 23)⁶, uno por uno si posible fuera. El cura que les acompaña desde el Bautismo hasta la muerte, guiando sus pasos, bendiciendo sus enlaces, reprendiendo sus errores como padre amoroso, apoyando y dirigiendo sus buenos propósi-

⁶ “Conoce a fondo el estado de tu ganado, aplica tu corazón a tu rebaño” (Proverbios XXVII, 23).

tos ¿quién como él tendrá mayor misión y gloria ante Dios ni premio más grande para la eternidad? Sus obligaciones se encuentran casi todas en esta sola palabra: “celo”. Primeramente de la instrucción de sus feligreses, ante todo: los niños en la doctrina cristiana y su práctica; y segundo en la observancia debida del domingo y fiestas: dos puntos importantes que van cayendo poco a poco en desuso. El primero bajo pretexto del mucho estudiar y saber, la obligación del gobierno, etc., y el segundo, que necesitan todo su tiempo para ganar su subsistencia. Ambos pretextos igualmente, son necios.

La obligación de enseñar la doctrina cristiana principia en la casa de los padres del niño y continuará en la Iglesia, en la escuela y en la vida práctica. La necesidad de trabajar el domingo para subsistir, sólo se encuentra entre las naciones en decadencia, mas no, hermanos e hijos míos, entre nosotros, a quienes la Providencia ha bendecido hoy con una época de prosperidad que jamás ha tenido igual desde el descubrimiento de América.

Debemos también evitar de encender las pasiones de nuestra grey en cuestiones de mera política personal, pues de esas agitaciones rara vez resulta otra cosa que pérdidas para los verdaderos intereses religiosos, y desprecio y mengua de respeto al cura.

En la política no hay sacerdocio. Ella constituye una parte de esa existencia que la doctrina católica llama “el mundo”. Ocupa un tiempo precioso que el hombre de trabajo y más aún, el ministro de Dios, podría emplear mejor, engendra odios y prevenciones contra muchos hermanos de nuestra fe, sólo porque militan en partido opuesto y como consecuencia natural destruye siempre en parte y a veces totalmente, los mandamientos fundamentales de la ley de Dios, que nos manda “a amar a Dios sobre todas las cosas y a nuestro prójimo como a nosotros mismos”.

A nadie como al Párroco le tocan más de cerca y detalladamente las palabras de Jesucristo: “*Pasce oves meas*” (Jn. XXI, 17).⁷ Él es el pastor de una parte del rebaño, y puede conocer y dirigir a sus ovejas una por una. Como padre puede vigilarlas con cariño, amonestarlas mansa y amorosamente. Su misma mansedumbre será su fuerza, según las palabras del Señor: “*Beati mites, quoniam ipsi possidebunt terram*” (Matth. V, 4)⁸ La mansedumbre traerá humildad, luego caridad, indulgencia, longanimidad, dulzura y la autoridad del cura será tanto mayor cuanto menos se impone.

El Príncipe de los Pastores nos pedirá cuenta un día del modo que hemos desempeñado estos deberes. Felices de nosotros si poniendo la mano sobre el corazón, podremos decir: que ningún alma se ha perdido por nuestra falta de perseverancia en buscarla o nuestra vigilancia en cuidarla, y que nunca nuestro celo intempestivo ha revuelto las claras aguas y hollado el tierno pasto del rebaño de nuestro Señor.

⁷ “*Apacienta mis ovejas*”. (Juan XXI, 17)

⁸ “*Bienaventurado los mansos porque ellos poseerán en herencia la tierra*” (Mateo V, 4).

La vida del cristiano no es más que un largo sacrificio sobre la tierra. La vida del sacerdote de Jesucristo no lo es menos y la del Párroco y de los Prelados lo es mucho más aún. La recompensa no nos será dada en este mundo pues no podrían recompensarse suficientemente las obras espirituales con bienes temporales. Nosotros, hermanos míos en el sacerdocio, hemos escogido la vida del sacrificio a Dios de un modo especial: continuemos unidos en su servicio por el mismo camino hasta reunirnos con Él en las moradas celestes donde seremos juzgados y premiados según el mérito de nuestras obras y el celo con que le hemos servido.

A nuestros hermanos del Clero regular, que tan buenos auxilios prestan al Sacerdocio en esta Diócesis predicando y confesando, no diré otra cosa que: cultivad la viña del Señor, conservad vuestro tesoro espiritual, observad vuestras reglas y constituciones. Vivimos en el siglo más movedido e inquieto que la historia humana recuerde. Frecuentemente oímos las quejas de que el bullicio del mundo estorba la tranquilidad y quita el reposo que gozaban los religiosos en siglos pasados; y ciertamente leyendo los panegíricos, hay razón en estas quejas, pero hubo entonces y había otros inconvenientes, otros males que combatir, y grandes y profundos, pues la sociedad humana, civil o eclesiástica está sujeta continuamente a sufrir grandes cambios, mucha veces dolorosos y aún sangrientos. Los males que hoy se sufren son de otra especie, son menos violentos; la levadura cristiana ha penetrado todas las legislaciones y la educación católica ha suavizado el sentimiento público y dulcificado las costumbres en nuestras repúblicas americanas, de tal modo que los males que sufrimos hoy son más intelectuales y del espíritu, hieren más el alma que el cuerpo. Dios lo ha permitido así, pero lo que no permitirá jamás es que las puertas del infierno prevalezcan sobre su Iglesia, de que las órdenes religiosas forman parte integrante. Tal vez nosotros, mis hermanos, no confiamos bastante en los auxilios divinos porque nos fiamos demasiado en nuestros propios recursos temporales y personales. No es allí, hermanos, adonde debemos mirar. Elevad vuestra vista más arriba: "*Quarite primum regnum Dei, et iustitiam ejus: haec omnia adjicientur vobis*" (Math. VI, 33)⁹ dice nuestro Señor Jesucristo y para confirmarlo dice también: «*Terra et caelum transibunt, verba autem mea non transibunt* (Marc XIII, 31)¹⁰

Y estas mismas palabras dirigimos a vosotras, religiosas de vida contemplativa, que en la soledad del claustro rogáis por el país, su gobierno, sus habitantes todos, sin distinguir enemigos y amigos, haciendo un verdadero sacrificio de vuestra propia existencia y bienestar al consagraros víctimas expiatorias de las faltas del mundo, viviendo en realidad mucho más pidiendo por el bien general del pueblo todo, que para vosotras mismas. El mundo siempre ora poco y comprende aún menos lo que hacen esas monjas, lo que puede la oración y lo que fue tarea de María. Ignoran completamente y naturalmente lo que es una vida oculta en Dios, viviendo sólo en Él y para Él, a quien no se puede amar sin amar a su prójimo, porque su prójimo es hijo y heredero muy amado del mismo Dios, a quien ella

⁹ "*Buscad primero su Reino y su justicia y todas esas cosas se os dará por añadidura.*" (Mateo VI, 33).

¹⁰ = *La tierra y el cielo pasarán, pero mis palabras no pasarán* (Mt. 24, 35). Posiblemente fray Reginaldo Toro estaba citando de memoria, porque en la Vulgata Sixto-Clementina la frase es «*Caelum et terra transibunt, verba autem mea non praeteribunt*».

profesa servir con una fidelidad especial, adorar con una efusión más intensa, apartándose de, y prohibiéndose por su libre y espontánea elección, casi todos los goces que la familia y la sociedad brinda a cada uno de sus miembros en escala mayor o menor; y esto sólo y únicamente con el objeto de poder acercarse sin estorbo a Dios y dedicando su vida entera a orar por nosotros y por ella misma.

¡Hijos míos del pueblo! ¡Católicos de esta Diócesis! Guardad este depósito de intercesoras y expiadoras ocultas de nuestros propios errores y faltas, de estas almas sencillas y cándidas, a cuyas oraciones podemos, con toda seguridad, atribuir una gran parte del bienestar, de la paz y prosperidad que hemos tenido y tenemos hasta hoy.

A las demás Congregaciones de vida activa que se ocupan, unas en la educación de la juventud, otras en atender y cuidar a los enfermos – ya en los hospitales, ya a domicilio – imitando a Marta, no hay tanta necesidad de recomendarlas puesto que su utilidad material más fácilmente comprendida, os las recomienda por sí mismas. Pero queremos sin embargo recordar a estas hermanas, que fue a los pies mismos de nuestro Señor Jesucristo y hablando con Él cara a cara, donde Marta se quejó de que su hermana María no la ayudaba, y así os exhortamos también a no olvidar la oración ni dejarla por el trabajo, ni so pretexto de los muchos quehaceres, sino encadenando la una con el otro, hacer un puente ligando el mundo espiritual con el mundo material, hasta que el Señor nos llame a la Patria Celestial donde concluirán todas nuestras penas y quedaremos como María libres de los cuidados y tareas inherentes a esta vida, en cuyo buen desempeño habremos ganado la entrada a la otra, más, la bendición de Dios y de los hombres.

Muchas otras cosas tendremos que decir a todos vosotros, hermanos en la fe y en el sacerdocio, mas no las podéis llevar ahora y las iremos diciendo en tiempo oportuno.

Y a todos los fieles cristianos de esta Diócesis, cuya cabeza es el Papa – el Vicario de Dios en la tierra, Jefe de su Iglesia Católica y por consecuencia natural Jefe de la civilización del mundo, puesto que sin el cristianismo no hay civilización verdadera posible. Siendo así que la religión forma la base única de toda moral, amolda el sentimiento y el corazón del hombre reformado, esas costumbres morigeradas, suaves, que el mundo entero llama civilización y que constituyen el encanto de todas las personas observadoras e inteligentes que pisan nuestras tierras americanas. Es la expansión del corazón cristiano y católico, el desarrollo de su sentimiento de caridad, ese sentimiento que al crecer y multiplicarse dio vida a una palabra desconocida en el mundo antiguo y decimos desconocida porque ninguna de esas naciones que ya han desaparecido entre el ruido de los combates y ahogadas por sus vicios, sintieron jamás latir el corazón con esa alegría del alma que siente el católico cuando ejecuta una acción de las que entre nosotros llamamos Caridad. Esa caridad que dilata hasta el corazón de aquellos que no creen como nosotros, y los prepara para unirse a nosotros, por razón de la fe que revive bajo la impresión de una acción que admiran y alaban. Aún cuando el adversario mismo no la práctica, se siente sin embargo atraído de su poder, deplora su inferioridad interior y desea a lo menos sentir henchirse su corazón de esa caridad santa que abarca al mundo, que no tiene límite, que cubre con un manto espeso todos nuestros defectos y nos confiere el privilegio de ser llamados hijos del mismo Dios, criador del cielo y de la tierra.

Y este sentimiento de caridad sólo puede venir, como ha venido del Cristianismo. Es inútil que nuestros opositores y disidentes nieguen de pertenecer a nosotros y a nuestras creencias, pues mientras sientan que mora en su corazón una chispa aún de verdadera caridad, son de los nuestros, son nuestros hermanos en medio de sus errores y faltas y por más que protesten, son miembros de la misma familia, y pueden siempre, como el hijo pródigo,

volver a casa de su Padre que desea su vuelta, que está pronto para recibirlo y para perdonar su falta, no una ni siete, sino setenta veces siete veces- y más, porque la fuente de caridad está en el seno de Dios y no tiene fondo ni se agota. El Eterno, el Infinito, Dios, comunica y distribuye sus tesoros al hombre, a su creatura, y nada le niega pidiéndolo en nombre de su unigénito, Jesucristo nuestro Señor. “En verdad, en verdad os digo: que os dará el Padre todo lo que pidiéreis en mi nombre.” *Amen, Dico vobis si quid petieritis Patrem in nomine meo, dabit vobis.* (Jn XVI, 23)¹¹

Os lo dará. Lo ha prometido. Pero en nombre de Jesucristo, siendo de sus hijos, creyendo en Él ¿Y quiénes son sus hijos? Los que guardan sus palabras, los que hacen su voluntad, los que cumplen sus mandamientos. ¿Pero no es Dios el Padre de todas sus creaturas, no derrama sus bienes y dones sobre todas las naciones del mundo entero, sin olvidar a nadie y sin distinción de creencias o de religión? –Ciertamente, así lo hace y hace más aún: derrama sus dones sobre muchos que le niegan, que le desconocen, que quebrantan sus leyes y resisten su voluntad y quiere que todos ellos sean salvos, que todos y cada uno pertenezcan a la grey de Jesucristo- porque Él es la fuente misma de la caridad, y la caridad de ningún mortal es semejante a la suya, que es sin medida e infinita. Pero no les ha prometido, como a nosotros, de darles todo lo que piden, sino cuando lo hagan en nombre de su Hijo y como oveja de su rebaño. Ha comprometido su palabra con nosotros. Con sus demás creaturas no tiene pacto aún, y lo que da, lo da por pura caridad y misericordia.

Es un hermoso espectáculo el observar la rapidez con que en nuestro siglo la religión y la civilización se extienden sobre la tierra, acortarse y abreviarse las distancias, facilitarse las comunicaciones de un modo maravilloso, crecer el bienestar común en todos los países, multiplicarse los conocimientos, perfeccionarse la instrucción entre todas las clases de la sociedad, mejorarse los alimentos para el pueblo, multiplicarse los goces y todas las comodidades de la vida, aumentarse la seguridad pública, proveerse mejor que nunca para las necesidades del pobre y menesteroso. Todo esto es obra de la creciente civilización, hija del cristianismo, su padre. Con el catolicismo a la cabeza, se apodera del mundo entero. Los obispos católicos han llevado ya la palabra a todas las naciones y son reconocidos y respetados por los gobiernos más despóticos y agrestes. ¿Qué queda hoy del poder mahometano, de los tiranos de África, de los indios de América? Doblegan la cabeza ante el cristiano o cesan de ser. No hay medio. Los tiempos se acercan en que no habrá más que un solo apri- sco y un pastor.

Y todos estos bienes que disfrutan las naciones civilizadas y dominadoras de las demás, por fuertes que hayan sido, sólo datan de Jesucristo y el establecimiento de su Iglesia, la única y verdadera potencia de la tierra, porque consiste en la fuerza moral y estriba en Dios, mientras que su cabeza, el Papa, continúa siendo el más venerado de entre todos los soberanos, no por el número de sus bajeles de guerra o el ruido de sus fusiles y cañones sino por el número de sus hijos fieles que desde la salida del sol hasta su ocaso invocan a Dios, elevan sus manos pidiendo paz y misericordia en nombre de Jesucristo, pidiéndolo al dueño y Señor de todas las cosas, y al mismo que ha empeñado su palabra de darnos todo lo que pidamos en su nombre.

¿No es un signo del poder de Dios el contemplar al anciano Pontífice de esta religión, desarmado y encerrado en el Vaticano, rodeado de los representantes de treinta naciones trayendo sus dones y su homenaje? ¿No es un signo de su fuerza moral y civilizadora el

¹¹ “Os digo: Lo que pidáis al Padre, os lo dará en mi nombre” (Juan XVI, 23)

verle recibir las felicitaciones en su Jubileo sacerdotal de casi todos los monarcas y gobernantes de la tierra, de los reyes paganos de Hawaii, China y Japón, los señores mahometanos de la Turquía y Persia, los Reyes cismáticos de Rusia y Grecia, de los protestantes de Prusia e Inglaterra, de las Repúblicas de la Francia como de los Estados Unidos? ¿No es también un signo del poder de Dios y su Providencia que este Pontífice soberano vive de la espontánea limosna de todos sus fieles y en este estado, sin dominio temporal alguno es colmado de veneración y atenciones por todas las potencias de este mundo? Sólo poderoso por su palabra, es temido y perseguido en aquellos países donde no impera la libertad de decir la verdad, que es el honor y la gloria de nuestras repúblicas americanas, donde la gozamos tan plenamente que a veces llegamos hasta faltar a la caridad.

¿Y hemos de temer que falte la mano de Dios o su poder o que nos abandone? ¿No dirá más bien a estos hijos suyos embarcados en la nave de Pedro: “*Yo Soy, no temáis*” *Ego sum, nolite timere*, aunque tenga que añadir: “Hombre de poca fe, ¿por qué dudasteis?” *Modicae fidei, ¿quare dubitasti?* (Matth] XIV, 27et 31)

Y decimos también a vosotros, hijos y hermanos en el mismo Señor: ¡No temáis! Dios no faltará a sus promesas. Temamos sólo a nosotros mismos y trabajemos y vigilemos para que no nos falte la caridad a Dios y a nuestra propia alma primero, y a nuestro prójimo como a nosotros mismos. Rindamos gracias a Dios que con tantos y tan señalados bienes nos ha colmado en nuestra república como pocas naciones de la tierra disfrutaban y hagamos lo posible para conservar estos bienes, más con nuestra buena voluntad y nuestras oraciones que con nuestro saber y nuestras previsiones, porque “la ciencia hincha, mas la caridad edifica”. *Scientia inflat, charitas veró edificat* (I Cor.VIII, 1)

En verdad, hijos míos, Dios nos ha cuidado y guardado con su poderosa mano mientras que otras naciones hermanas nuestras, en fe y creencias padecen y sufren. La religión oprimida artificiosamente en otras partes, por el contrario ha sido protegida y aún favorecida por los gobiernos argentinos; nuestras cuestiones en materia eclesiástica han sido más bien personales y políticas que fundamentales, que con un poco más de cordura y buena voluntad hubieran podido evitarse en parte principal. El hecho es que, a pesar de estos desacuerdos y desavenencias, los gobiernos han continuado socorriendo a las necesidades de muchas iglesias pobres, han contribuido y contribuyen con sumas considerables a la construcción y ornato de otras, entre las que figuran la misma Catedral de esta diócesis; ha mandado entregar generosamente los haberes eclesiásticos suspendidos en primer fervor de la desavenencia, y ha tratado con indulgencia benigna, buscando paz y concordia, a muchos de sus adversarios que con mayor rencor se desbordaban en escritos y palabras durante el calor de la discordia.

Gracias también a esa generosa voluntad, estamos en amistosa y directa comunicación con su Santidad nuestro Padre el Papa. El ilustre prisionero del Vaticano que tan claramente ha definido y expuesto la doctrina y el dogma de la libertad y del gobierno de las naciones católicas, no ha demorado, con su cariño paternal, en aceptar las expresiones de afecto filial y el deseo de buena inteligencia demostrados por el señor Presidente de la República Argentina.

Nuestra Diócesis ha visto aumentarse considerablemente el número de las instituciones religiosas, sin estorbo ni obstáculo alguno; casi todas ellas auxiliadas y aún a veces subvencionadas por los gobiernos. Tales actos no son obras de enemigos de la religión y merecen, por lo menos, que el corazón del católico les corresponda con la misma moneda. Y no debemos nunca olvidar las palabras de Ivo de Chantres, citadas por nuestro amado Pontífice en su Encíclica *Immortale Dei*: -“Cuando el poder temporal y el Sacerdocio concuerdan, está bien gobernado el mundo, la Iglesia florece y da fruto. Pero cuando están desacorde, no solamente decrece lo que es pequeño, sino aún lo que es grande decae y perece miserablemente.”

A los padres católicos encargamos ante todo una atenta vigilancia sobre la educación de sus hijos en religión y moral. El niño es el hombre del porvenir; si descuidamos su educación moral ¿cómo responderemos a Dios y a la Patria? Aún en esta vida pagaremos nosotros nuestra falta de vigilancia, nuestro descuido en el punto más importante de nuestros deberes. Y esta moral sólo podremos cimentar por medio de la religión.

La enseñanza religiosa debe comenzar en el hogar paterno, continuarse y explicarse en escuelas y colegios y completarse allí también prácticamente. De modo que la simple enseñanza del Catecismo de memoria en la escuela no sea de palabra, al aire solamente. Debemos recordar, hijos míos, que el niño necesita no sólo buen alimento corporal e intelectual, sino también y en primer lugar, alimento espiritual puro y sano, pues un niño que sólo recibe su nutrición de los dos primeros alimentos y del último nada, está enfermo del alma, es un pagano con todo su saber e inteligencia y es, sin culpa propia, tanto más desgraciado cuantos mayor sea su robustez corporal, su inteligencia o su instrucción.

El hogar de una familia católica conviene que respire una atmósfera de caridad cristiana, de amor de Dios y del prójimo. Debería ser un santuario donde se cultive la verdad, la moderación y el freno de las pasiones. Cuán hermoso es ver un grupo de los padres rodeados de sus hijos, parientes y criados rezando el rosario después de terminadas las faenas del día y terminando esta piadosa práctica pidiendo a Dios por las necesidades más apremiantes de sí mismos, de sus amigos y prójimos y de aquellos infelices que nunca oran, por olvido, por ignorancia o por desprecio.

No podemos menos que instar sobre esta piadosa y saludable práctica, tan recomendada por Nuestro Santo Padre que repetidas veces ha vuelto a recordar al mundo católico, en sus encíclicas, que la salud de los pueblos como de los individuos y el remedio de todos los males que actualmente afligen a la Iglesia Católica, debe buscarse, más que en otra cosa alguna, en la oración ferviente de los fieles a Dios Nuestro Señor, invocando la poderosa intercesión de la Santísima Virgen, Madre de Dios y Reina del Cielo en el Santo Rosario.

Estamos, en el deber además de encargar a los padres de familia un cuidado especial y vigilante sobre las lecturas de sus hijos. Multitud de libros y periódicos inmorales, ilustraciones y pinturas escandalosas, como la mala yerba cunde por todas partes, envenenando el alma de la juventud. Los suicidios morales lo mismo que los corporales frecuentemente traen su origen de máximas concebidas allí. No es que falta literatura buena pero es menester escogerla con discreción y cuidado. En nuestro siglo el campo es vasto y muy cultivado

para adquirir conocimientos a la vez útiles y agradables, instructivos y amenos, sin necesidad de corromper el corazón ni pervertir la mente la mente joven con imágenes indecente, producto industrial de tanto cerebro instruido y pobre, vacío de moral y de religión católica.

Guardaos por fin de los falsos profetas que también abundan, predicando doctrinas de felicidad en la tierra y paraíso presente en sus libros y discursos. Oyéndoles perorar son más sabios que Dios mismo, más católicos que el Papa, su palabra a a menudo seduce porque parece que sólo aspiran a lo verdadero, lo bello y lo bueno. El Apóstol ya los conocía- Cuidado que ninguno os engañe con filosofía y con vanos sofismos, según la tradición de los hombres, según los elementos del mundo y no según Cristo-“ Videte en equis vos dicial per philosophiam et inanem fallaciam, secundum traditionem hominum secundum elementa mundi, et non secundum Christum” (Col , II, 8)

Guardaos de tomar parte en las sociedades prohibidas por la Iglesia. Ahora más que nunca es propio el reunirse en Sociedad para toda clase de objetos y empresas. Es una tendencia natural de nuestras instituciones representativas y nuestro derecho popular. Es también conforme al espíritu de la Iglesia Católica que trata de reunir la humanidad entera en un solo aprisco bajo un solo pastor. Pero hay pocas cosas buenas que no tengan su reverso y poca inclinaciones sin sus peligros.

El Sumo Pontífice León XIII ha demostrado en su encíclica “Humanum Genus” que las sociedades masónicas y semejantes en muchos países han tomado una posición directamente hostil a la Iglesia Católica que por consecuencia natural prohíbe a sus hijos el tener comunicación con dichas sociedades y faltaría a su deber sino lo hiciera así.

Saludamos con agrado la cooperación de una prensa católica bien dirigida, cuya importante misión debe consagrarse principalmente a segundar la acción del Papa y de los prelados. Pero esta prensa debe ante todo ser católica en espíritu y verdad, y no solamente en su título. Su principal objeto debe ser el de ilustrar al pueblo católico sobre todas las cuestiones religiosas, más bien que abogar por los partidarios del bando político a que pertenece y nunca su lenguaje debe apartarse de la moderación y caridad que conviene al escritor católico cuando habla a sus opositores y aún a sus enemigos, como dice el Apóstol: arque, obsecra, increpa, in omni patientia et doctrina. (II Tim. IV. 2)

De este modo, recordando que el periodista siempre es hijo de la Iglesia católica, pero no su director ni su prelado, militando como soldado de Jesucristo y como oficial obedeciendo a otros superiores, tendrá su galardón y su gloria allí donde únicamente se confiere para el tiempo y para la eternidad, que es la única verdadera recompensa de una alma católica.

Otra palabra más, hijos míos, que toca a dos preceptos y mira a dos diferentes objetos: vemos desarrollarse entre nosotros un lujo desconocido que a menudo demanda gastos superfluos y excesivos en vestimentas, en habitaciones y en placeres. No es nuestra intención de reprender ni la decencia de traje ni las comodidades y dispendio mayor que por consecuencia natural acompaña siempre el creciente bienestar de nuestra república. Bien al contrario deseamos se observen las palabras de San Pablo “en traje honesto” – in habitu ornato – (I Tim. II, 9); pero hay lujos que debilitan al cuerpo y al alma a la vez, que hace al

hombre afeminado frívolo, voluptuoso y a veces cruel. Llegado a este punto el hombre desciende en escala moral y la historia humana nos enseña que las naciones pierden su independencia cuando sus ciudadanos ya no poseen más ese temple de alma cristiana que prepara a los hombres para el sufrimiento y el sacrificio.

Para contrarrestar esta inclinación al lujo, que todavía no ha llegado a vicio entre nosotros, os invitamos a distribuir una parte de lo superfluo de vuestros recursos entre algunas de las tantas necesidades que nuestro mismo progreso, en bienes intelectuales y mayor grado de civilización origina entre nuestros hermanos y prójimos. Hemos mencionado ya una instrucción y educación más perfecta para los jóvenes que aspiran al sacerdocio y agregaremos además, la instrucción religiosa y católica para todos los niños de la Diócesis. Os recomendamos al óbolo de San Pedro “sin lo cual no hay independencia ni dignidad posible para la Santa Sede, ni medio de asegurar su Ministerio Divino”. El Papa mismo nos pide una limosna para la conservación y custodia de los Santos Lugares y ahora nos encarga de cuidar que se erija el Monte de Piedad en esta ciudad de Córdoba. Pedimos en fin, para el alivio de los pobres nuestros que nunca faltan y para las infinitas necesidades de tantas miserias humanas, según vuestras piadosas inclinaciones y el dictado de vuestros sentimientos y corazón.

Nuestro Señor os lo pagará con buena medida colmada y bien apretada y como sólo Dios sabe medir y distribuir a los que le aman.

Estas y muchas otras cosas mas que iremos diciendo en tiempo oportuno, hemos tenido presentes al dirigiros por primera vez la palabra de Pastor en nombre de Jesucristo, cuyos hijos y servidores somos y seremos ante todas las cosas. Deseamos conducirlos por la senda del deber y de la virtud, no para suprimir vuestra libertad sino para enseñaros como católicos el camino de la verdadera felicidad temporal y eterna, según el mismo Jesucristo, a quien pertenecemos en vida y en la muerte y cuya doctrina seguiremos con la libertad de los hijos de Dios.

Al comenzar nuestra tarea de Pastor y Obispo de esta católica grey os convidamos a todos, hermanos e hijos, de acercaros y mirarnos siempre como un verdadera Padre, amigo y guía en todas las aflicciones, dificultades y penas que esta vida presenta tan abundantemente a cada una de las criaturas humanas.

Mandamos que esta pastoral sea publicada y leída del púlpito en todas las iglesias de esta Diócesis, el primer domingo después de la recepción.

Y ahora invocando sobre vosotros la bendición del Omnipotente, Padre, Hijo y Espíritu Santo en toda su plenitud, os saludamos con las palabras del mismo Dios a los fieles suyos:

¡ Pax vobis !

Dada en Córdoba, el día San Luis, rey, del año del Señor mil ochocientos ochenta y ocho.

FR. REGINALDO
Obispo